

«mente tu felicidad y para estar mas reconocido á aquel á quien la debes.»

Filósofos de nuestro siglo, ¿os reconocéis en esta parábola? Se os oye preguntar todos los dias en un tono mordaz por qué Dios deja tantos pueblos en las tinieblas de la idolatría y en la ignorancia de la Religion cristiana; por qué permite que tantas naciones continúen ciegas en la herejía; por qué en fin, tantos niños mueren sin el Bautismo. ¡Parece que lo imputais á la Providencia y la acusais de ello! ¡Ingratos! ¿os toca á vosotros juzgar á vuestro dueño y pedirle cuenta de su conducta? ¿No debeis mas bien manifestarle el mas vivo reconocimiento por haberos preferido á tantos otros para hacerlos nacer en el seno de la Religion cristiana y católica y regeneraros con las saludables aguas del Bautismo? Cuantos mas semejantes vuestros hay privados de estos beneficios, ¿no deben ser ellos tanto mas estimados y preciosos para vosotros, y no debeis estar tanto mas obligados á aquel que se ha dignado concedéroslos?

(Nuevas Parábolas).

EXCLAMACION DEL DOCTOR MOORE.

Después de una duda de muchos años sobre la eleccion de una religion, el doctor Moore abrazó la Religion católica y exclamaba frecuentemente con un santo entusiasmo: «¡Salve Iglesia verdadera! ¡ó tú que eres el único camino de la vida! ¡des- canse mi alma á la sombra de tus ramas! Léjos de mí la temeridad de querer penetrar en la profundidad de tus misterios y la impiedad de insultar

«su oscuridad. Argumente el incrédulo, yo admito; dispute enhorabuena, yo creo: veo la altura, «pero no sondeo toda la profundidad.»

(El ateo hecho cristiano, por Delauro-Dubez).

REFLEXION DEL SEÑOR DE MAISTRE.

¿Por qué Dios da á unos lo que otros no tienen? No lo sé; pero ¿qué importa? Me fio de aquel que no puede ser injusto: la salvacion de los demás, no es asunto mio, yo tengo uno muy serio entre manos que es la de mi alma.

(De Maistre, de la Iglesia gálica, p. 99).

CAPÍTULO IV.

Segunda nota de la Iglesia.

LA SANTIDAD.

El segundo carácter de la Iglesia es la *santidad*, que es como el sello que Dios imprime en todas sus obras. La Iglesia es *santa* en sí misma, *santa* en su doctrina, *santa* en sus leyes, *santa* en sus Sacramentos, *santa* en su culto, *santa* en su espíritu, *santa* en su celo por la salvacion de sus hijos, *santa* en un gran número de sus hi-

jos, y finalmente no hay santos, sino en su sociedad.

§ 1. *La Iglesia es santa en sí misma.*

Siendo Jesucristo cabeza de la Iglesia, el principio de toda santidad, ¿cómo podría la Iglesia ser el cuerpo de una cabeza tan santa si ella misma no lo fuese? Jesucristo es también el fundador de la Iglesia; no la instituyó sino para la santificación de los hombres, y no ha abandonado su obra; sentado á la derecha de su Padre se halla no obstante constantemente con su Iglesia, y con ella estará siempre y sin interrupción según su promesa, hasta el fin del mundo. Esta divina cabeza no cesa de asistir á su Iglesia, de velar sobre ella, de dirigirla, y de derramar sobre la misma abundantes influjos de santidad. Jesucristo, dice san Pablo, *ha amado la Iglesia, y se ha entregado por ella á fin de santificarla*, purificándola con el bautismo de agua por medio de la palabra de vida, para hacerla aparecer delante de sí llena de gloria, y sin que tenga la menor *arruga ni mancha*, ni cosa que se le pareciese; sino para que sea *santa*,

é inmaculada (*Eph. v, 25, 27*). Vosotros, dice san Pedro, dirigiéndose á los primeros fieles, sois la raza escogida, el sacerdocio real, la nación santa, el pueblo de adquisición (*1 Ep. ii, 9*).

Ahora bien, sería una impiedad, mi querido Teófilo, decir que Jesucristo no ha cumplido su designio y no ha dado á su Iglesia el carácter de santidad que le había prometido. Pero, ¿es de la Iglesia de la tierra ó de la del cielo, me dirás tal vez, que deben entenderse estas palabras? De la una y de la otra, porque la santidad empieza sobre la tierra y se perfecciona en el cielo. La Iglesia no es santa en el cielo, sino porque lo ha sido sobre la tierra, y purificada por la sangre de su divino Esposo.

Así es que este Dios de santidad se complace en llamar á su Iglesia, *su paloma, su hermana, su esposa, su estimada*; títulos gloriosos que nos dan á conocer á un tiempo el amor del Salvador para con su Iglesia, y la belleza de que esta se halla revestida á los ojos de este Dios tres veces santo.

§ II. *La Iglesia es santa en su doctrina.*

La doctrina de la Iglesia es la del mismo Jesucristo, la cual ha tomado del seno de su Padre, y que ha enseñado después á sus Apóstoles y comunicado por medio de ellos á su Iglesia, transfiriéndola por medio de esta á todo el universo. Todo lo que cree y enseña la Iglesia le viene de Jesucristo. ¿Se atreverá, pues, alguno á decir, mi querido amigo, que este amable Salvador ha revelado alguna cosa que no sea santa? La Iglesia es *por lo tanto santa en su doctrina.*

La doctrina de la Iglesia es siempre pura, libre de error, igualmente enemiga de toda relajacion y de todo rigorismo; es capaz de conducir los hombres á la santidad. Dénnos cristianos formados segun esta doctrina, y los veremos santos en todos los estados de la sociedad; santos en el trono y en la vida mas oscura, santos en el mundo y en la soledad, santos en el celibato y en el matrimonio. Los veremos desprendidos de los bienes caducos de este mundo, no anhelar sino el cielo; infinitamente apar-

tados de toda injusticia y de toda corrupcion, servir á «Dios, y andar en su presencia en la santidad, y en la justicia, todos «los dias de su vida.»

Compara, hijo mio, la doctrina de la Iglesia, no digo con la impiedad del paganismo, ni con la sensualidad de los musulmanes, ni con las opiniones extravagantes de los filósofos aun de los que en apariencia son mas sensatos, sino con los extravíos de los herejes de todos los siglos, y conocerás sin dificultad que la doctrina de la Iglesia es una luz divina que combate y disipa todas las tinieblas y todas las ilusiones. «Juzgad, dice san Agustin en su «admirable libro de la Ciudad de Dios, juzgad de la doctrina de la Iglesia, por lo «que ella enseña públicamente en los pulpitos cuando el pueblo corre en tropel á «aprender de ella el modo de vivir santamente sobre la tierra para vivir después «felizmente en el cielo. ¿Qué oiréis allí sino «las leyes de Dios que en ellos se publican, «sus maravillas que en ellos se anuncian, «sus beneficios que en ellos se ensalzan, y «sus gracias que en ellos se le piden?»

Si se encuentran alguna vez **en** su seno falsos doctores que sustituyan **sus** sueños á la santidad de su doctrina, la **Iglesia** los condena, y los reduce á silencio. Su doctrina siempre pura é **incorruptible** que resuena de todas partes, sufoca **su** voz porque esta es su propia condenacion. Si muchos de sus hijos se separan de **ella** con su conducta, los llama, en cuanto puede, á esta santa doctrina contra la cual **nada** puede prescribir. Sus costumbres **no** son la regla de su doctrina, sino que esta, **que** es inmutable, condena ó reforma sus costumbres.

Instruyámonos, mi querido **amigo**, en esta doctrina toda divina; ya **que** tenemos en nuestras manos los libros que la contienen; dejemos de hacernos merecedores de la tacha, demasiado fundada, **de** que descuidamos el instruirnos en lo **que** mas nos conviene saber. Leamos esta **divina** doctrina en el Evangelio de quien **dimana**, en los escritos de los santos doctores, **que** ocupados igualmente en defender la **verdad**, y en conservar la santidad de las **costumbres**, han ilustrado y edificado la **Iglesia** en todos tiempos.

§ III: *La Iglesia es santa en sus leyes.*

Las leyes de la Iglesia son santas, porque son conformes á su doctrina que es santa, y porque son dictadas por el Espíritu Santo, que es el autor de toda santidad. ¿Qué cosa mas santa que lo que la Iglesia ha mandado en sus Concilios, ya á sus ministros en particular, ya en general á todos sus hijos? ¿Qué cosa mas propia para inclinar los fieles al culto de Dios que la obligacion que les impone de consagrar ciertos dias á los ejercicios de piedad y de religion? ¿Qué cosa mas eficaz para inspirarles el espíritu de penitencia y de piedad que la destinacion que ha hecho de ciertos tiempos y de ciertos dias para la oracion, el ayuno, la mortificacion de los sentidos, y las buenas obras?

¿Qué cosa mas á propósito para poner un freno á las pasiones y detener la carrera de los desórdenes, que el deber que impone de purificarse con ciertos intervalos por medio de la confesion sacramental, y renovar las buenas resoluciones y la promesa formal de vivir santamente? ¿Qué cosa mas

útil para unir á sus hijos con Jesucristo, y para llenarlos de su espíritu y de sus gracias, que lo que ella hace para convidarlos y hasta obligarlos á venir al sagrado banquete á alimentarse con la carne adorable de nuestro divino Salvador?

¿Qué cosa mas santa que lo que ordena á sus ministros para que puedan corresponder á la santidad de su estado? ¿Qué pureza no exige en sus costumbres? ¿Qué inocencia en toda su vida? ¿Qué desprendimiento! ¿qué abnegacion! ¿qué separacion de los negocios seculares y de las diversiones frívolas! ¿Qué santidad en su interior, qué gravedad, y qué modestia en su porte exterior! Puede suceder muy bien, hijo mio, que algunos desertando de su milicia violen estas santas reglas; pero ellas deben ser juzgadas en sí mismas, ó bien por la santidad de aquellos que las observan fielmente, y no por el escándalo de los que las infringen. La rebelion de un hijo desobediente nada prueba contra las sabias disposiciones de un padre virtuoso.

§ IV. *La Iglesia es santa en sus Sacramentos.*

Depositaria de los siete Sacramentos que Jesucristo instituyó, tambien por ellos es *santa* la Iglesia. Estos Sacramentos son santos, y la santifican segun el objeto de su divina institución. El grande Apóstol nos lo dice en particular del *Bautismo*: con este sacramento, dice, purifica Jesucristo su Iglesia *por el agua y por la palabra de vida*. ¡Qué santidad en efecto la que nos es comunicada por el Bautismo, por el cual somos enterrados con Jesucristo para resucitar con él y *libertados del pecado, y hechos esclavos de Dios*, como dice san Pablo, *cogemos el fruto de nuestra santificacion, y finalmente la vida eterna!*

¡Qué manantial de gracias no es el sacramento de la *Confirmacion* que nos fortifica en la fe, nos hace perfectos cristianos, y nos da el Espíritu Santo con la abundancia de sus dones, la sabiduría, el entendimiento, el consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad, y el temor de Dios!

¡Qué mas poderoso medio de salvacion y de santidad, que la *Eucaristia* que nos une

íntimamente con Jesucristo, no solo por la fe y la caridad, sino tambien por la presencia real de su sagrada carne y su preciosa sangre; que aumenta, corrobora y conserva en nosotros la vida espiritual de la gracia; que debilita la concupiscencia y modera la violencia de nuestras pasiones; que nos da la prenda de la vida eterna; y que finalmente es en nosotros el gérmen de la feliz resurreccion!

El sagrado tribunal, á que acude el pecador para reconciliarse con Dios, haciendo él mismo la humilde confesion de sus faltas, y llorándolas en la amargura de una verdadera contricion, con la firme resolucion de corregirse y de satisfacer á Dios y al prójimo, ¿no es un medio eficaz é indispensable atendida la fragilidad de nuestra naturaleza, para purificar nuestras almas, hacer renacer en ellas la virtud y santificarlas?

¿Qué institucion mas santa, mi querido Teófilo, que la del sacramento de la *Extremauncion* que se administra á los moribundos para su alivio espiritual y corporal; para acabar de purificarlos de sus manchas; para darles las gracias necesarias en las en-

fermedades que les aquejan, y para inspirarles valor contra las tentaciones del espíritu maligno, y las agitaciones del alma que son tan violentas en los últimos momentos de la vida!

El *Orden* dando ministros á la Iglesia, y consagrando á los altares sugetos escogidos y probados, perpetúa el apostolado y el sacerdocio, é infunde junto con la facultad de llenar las funciones eclesiásticas, las gracias necesarias para ejercerlas santamente.

El *Matrimonio* no es menos santo que los otros Sacramentos. Bendice y santifica la union legitima de los esposos, y la hace indisoluble, porque así formada tiene por autor al mismo Dios, y porque no toca al hombre romper ó separar lo que Dios ha unido.

§ V. *La Iglesia es santa en su culto y en su espíritu.*

La Iglesia es santa en su culto: en ella es donde se encuentra el verdadero templo, el sacrificio legitimo, esta *ofrenda pura que debia ser presentada al Señor en todos*

los lugares, según la profecía de Malaquías. «La Iglesia es santa en sus votos, dice san Optato en su libro contra Parmeniano, es «santa en sus sacrificios, santa en su ministerio, santa en sus ceremonias, santa en «todas las prácticas que emplea para honrar á Dios, y para tributarle el culto que «es debido á su majestad soberana.»

El espíritu de Jesucristo, mi querido amigo, es el que anima la Iglesia; y este espíritu es el espíritu de santidad. Este divino espíritu es el que produce en la Iglesia la castidad de las vírgenes, el desprendimiento de los solitarios, la mortificación de los penitentes, la santidad de todos los justos; él es el que inspira á los verdaderos fieles el desprecio de los falsos bienes de la tierra, y de los placeres peligrosos del siglo; él es el que ha producido en todos los tiempos y produce aun estas flores y estos frutos admirables de justicia y de santidad que adornan y enriquecen la Iglesia y que hacen de ella una imágen del cielo.

§ VI. *La Iglesia es santa en sus miembros.*

La Iglesia en todos los tiempos ha puesto todo su cuidado y toda su atención en santificar á sus hijos, y este es aun en el día el objeto constante de su celo y de sus oraciones. Para producir, hacer crecer, aumentar y multiplicar entre los fieles los frutos de santidad, les exhorta por la boca de sus ministros, les hace leer los libros santos, les impone leyes y les excita á la práctica de los consejos Evangélicos. A este fin los llama tan á menudo á sus templos, los reúne en sus asambleas, ruega con ellos y por ellos, y les hace rogar con ella. Con este mismo objeto emplea tanta pompa en su culto, tanto esplendor en sus ceremonias; para obligarnos mas vivamente á seguir los caminos de la santidad, nos recuerda con tanta frecuencia, y con tanta solemnidad la memoria de aquellos de entre sus hijos que han tenido el valor de sacrificar su vida por el Señor ó murieron santamente en su paz.

Es tenido por muy virtuoso un padre que nada toma con tanto empeño como el ha-

cer de todos sus hijos otros tantos hombres virtuosos: ¡cuál debe ser, pues, la santidad de la Iglesia, que desea tanto hacer santos, enteramente santos á todos sus miembros, y que trabaja tan constantemente y con tanto ardor para hacerles merecer y obtener á todos la bienaventuranza eterna con que Dios corona á sus santos!

Este deseo de la Iglesia, hijo mio, se cumple y ha sido siempre cumplido, con respecto á un grande número; jamás sus trabajos han sido estériles. A pesar del diluvio de corrupcion que siempre ha inundado é inunda todavía el mundo, la Iglesia ha sido siempre santa y siempre lo será en sus principales miembros; es decir, los justos y los santos que se encuentran en este sagrado campo, como el buen grano entre la paja, y que á pesar de la zizaña que los rodea y los cubre, la han dado en todos tiempos y la darán siempre á conocer.

§ VII. *Fuera de la Iglesia no hay verdadera santidad.*

Solo en la Iglesia de Jesucristo se encuentra la verdadera santidad; y fuera de su seno lo mas que puede haber, es su apariencia, y aun esta apariencia raras veces se encuentra en las sectas separadas. Dogmas visiblemente corrompidos, un espíritu de independencia declarado, el no querer absolutamente oponer medio alguno coercitivo á la fogosidad de las pasiones, un cisma constante y evidentemente inexcusable, tales son los caracteres distintivos de la herejía. Pero cualquiera que sea la apariencia de virtud con que puedan cubrirse los pretendidos reformados, claro está que no puede haber entre ellos una verdadera santidad.

El espíritu de Jesucristo no se encuentra sino en la Iglesia de Jesucristo. «El que viola la unidad de la Iglesia, dice san Agustín, no puede tener la caridad de Dios; y por esto comprendemos que con razon debe decirse que no se recibe el Espíritu Santo fuera de la Iglesia.»

Bien podian los donatistas ponderar las virtudes de sus pastores ó la constancia de sus mártires, que los santos Padres sostenian que fuera de la unidad de la Iglesia, no podia haber verdadera santidad.

EJEMPLO.

CONVERSION DEL SEÑOR D'ALDEBERT.

Al principio del año 1826 hubo una mision en la ciudad de Nimes; los protestantes fueron á oír los misioneros y en la sola parroquia de san Baudilio ¹ hubo tres abjuraciones. La mas ruidosa fue la del señor D'Aldebert, juez en el tribunal de Nimes. Este magistrado, salido de una familia del país y gozando personalmente de la estimacion de sus conciudadanos, desde 1815 estaba irritado con la conducta de sus correligionarios. Las dudas que tenia sobre la Religion tomaron cuerpo poco á poco. Finalmente habiendo tenido lugar la mision siguió sus ejercicios en la iglesia de san Baudilio, que era su parroquia. Después de haber oído uno de los misioneros, deseó tener algunas conferencias con él, cuyo resultado fue su abjuracion, que tuvo lugar el 27 de enero en dicha iglesia de su parroquia. Dió este paso con todo el gozo de un hombre largo tiempo agitado con las dudas é incertidumbres.

¹ El cura de esta parroquia era el santo señor *Mathon*, y los misioneros, los señores *Polge*, *Beaucé*, y *Mario Aubert*.

El señor Juan Pedro D'Aldebert tenia la edad de cerca sesenta años; puede, pues, calcularse que no fue sin una lucha interior, que se resolvió á tomar este partido. Su hijo, ministro protestante en el Delphinado, vino expresamente á Nimes para parar este golpe, y se quedó bastante tiempo en aquella ciudad. Dos hermanas del señor D'Aldebert no perdonaron medio para retenerlo en la comunión protestante, y él les escribió una carta sobre su conversion. Esta carta manifiesta tan claramente los motivos que tuvo el señor D'Aldebert, que hemos creido conveniente insertarla aquí.

« Nimes 6 de febrero de 1826.

« Os han dicho la verdad, mis muy queridas hermanas: subyugado, no por consideraciones mundanas, que jamás tendrán sobre mí el menor influjo, sino por la fuerza irresistible de la verdad, « he seguido el ejemplo del señor de Bragassargues « y del señor Prior del mismo apellido, mis dos tíos « paternos; el del hermano del señor Laval y del señor D'Aldebert de Roux, hermanos de mis abuelos materno y paterno, y el de muchos parientes « colaterales; en fin, el de una multitud de mis conciudadanos; y como ellos he abandonado la religion imperfecta en que me habia puesto la sola « casualidad del nacimiento, y he abrazado sin la « menor perplejidad, y con todas sus consecuencias, « la sola verdadera, la que fue fundada por Jesu- « cristo y sus Apóstoles, y que mis antepasados profesaron durante mas de quince siglos.

« No he dado un tal paso, como podéis pensarlo

«bien, sino después de haberlo reflexionado mucho
«tiempo, después de haber pesado maduramente
«las razones en pro y contra; en una palabra, con
«grande conocimiento de las cosas, y cuando no
«pudiendo ya cerrar los ojos á la evidencia, he que-
«dado convencido de que ya no podia dudar mas en
«sacrificar las preocupaciones del mundo al solo in-
«terés verdaderamente precioso, el de mi salvacion.

«Esto no obstante, preveo que la calumnia no
«dejará de atribuirme otros motivos: los unos se
«complacerán en publicar que mi conversion ha si-
«do resultado de la debilidad, que he cedido á va-
«rios influjos que me han rodeado, y que ni el co-
«razon, ni la convicción han tenido la menor parte.
«Se fundarán para probar esta debilidad, en otro
«paso anterior que para ellos habria sido el colmo
«de la pusilanimidad, mientras que para mí fue el
«del valor, pues que para satisfacer á mi conciencia
«tuve que menospreciar todas las preocupaciones y
«ventajas de este mundo. Los otros mas maliciosos
«todavía llegarán tal vez á decir que he sido sedu-
«cido por promesas muy brillantes; y me supon-
«drán quizá bastante vil para haber sacrificado mi
«alma á intereses temporales.

«¿Qué otras cosas no dirán? Pero yo, seguro de
«mi conciencia, pongo todas estas pequeñas humi-
«llaciones al pié de la cruz de Jesucristo, que hará
«en todo el resto de mi vida mi única gloria, y me
«considero por muy feliz de haberla tan fácilmente
«conquistado. En cuanto á vosotras, mis queridas
«hermanas, que habeis podido sondear los pliegues
«mas ocultos de mi corazon, que sabeis que estoy
«animado de los mejores sentimientos de honor,

«justicia y equidad, en términos que los llevo al-
«guna vez hasta el fanatismo; vosotras, digo, me
«juzgaréis mas racionalmente y no tendréis dificul-
«tad en creer, que si he dado un paso que pueda ser
«mal interpretado, no me he decidido á ello sino
«después de haber adquirido la íntima convicción
«de que dependia de él la salvacion de mi alma.

«Vosotras me exhortais en vuestra carta á que no
«me pierda, y os agradezco esta recomendacion que
«no puedo atribuir sino á vuestra amistad. Pero
«¡ay! mis queridas hermanas, que yo creo tener
«mayores motivos para hacerlos la misma exhorta-
«cion en sentido contrario, y deciros: ¡Temblad!
«¡si, temblad por vosotras si no me imitais! ¡Ah!
«¡si tenia la dicha de ver que cumplís este mi de-
«seo, cuán grande seria entonces mi alegría! Pero
«conozco que para esto es indispensable que Dios
«os conceda las mismas gracias con que ha que-
«rido favorecerme. Yo se lo suplico, pues, de todo
«corazon y no dejaré de pedirselo todos los dias de
«mi vida. Pero sea lo que fuere, no seré menos res-
«pecto de vosotras, mis queridas hermanas, en to-
«das ocasiones el mas tierno de los hermanos.»

« Firmado D' Aldebert. »